

Miraló por TV. Fútbol, espectáculo cultural y popular

Por María Eugenia Rosboch y Virginia Cáneva

La propuesta de estatizar la emisión televisiva de los principales torneos de fútbol de la AFA inaugurada en agosto de 2009 para primera división, y en agosto de 2011 para la segunda, implicó una de las medidas más queridas y criticadas de las tantas iniciativas que propuso y plasmó el gobierno kichnerista. Más allá de las repercusiones políticas y sociales que generó y seguirá generando *Fútbol para todos*, consideramos importante preguntarnos sobre los sentidos que cobra el fútbol en nuestra sociedad como práctica enraizada en la cultura popular.

La compleja trama de sentidos que implica esta práctica cultural, se torna en fenómeno muchas veces difícil de situar, ya que el fútbol es alegría, tristeza, pasión, negocio, poder y/o violencia enraizada en las profundidades de nuestra sociedad. Tal diversidad confluye en discursos en mucho contradictorios que sitúan al fenómeno "popular" como referente de violencia e irracionalidad o, en otro extremo, como espectáculo masivo de inclusión.

Para poder repensar ese fenómeno, es necesario preguntarse qué es lo popular y cómo se relaciona a la cultura, con la finalidad de dimensionar su importancia política en una coyuntura nacional donde lo popular es bandera de inclusión y justicia social.

Cultura para todos o privilegio de algunos

Cuando hablamos en Ciencias Sociales de *cultura*, podemos asumir que existe un discurso consensuado y muy difundido que la considera como entramado de prácticas históricamente situadas, esto es, como fenómeno constitutivo de procesos hegemónicos de construcción de sentido producido/reproducido en las prácticas concretas

ejercidas en y por la sociedad¹. Tal definición proviene de una línea del conocimiento que tiene sus orígenes en el pensamiento marxista, en particular las reformulaciones doctrinarias que propone Antonio Gramsci². Una de las razones por las cuales esa definición de cultura cobra tanto auge en América Latina, se debe a que se erige en un concepto de sociedad que la ve como sistema estratificado movilizado por relaciones de poder; perspectiva que permite interpretar la situación sociopolítica de los países emergentes que componen este lado del globo terráqueo.

Pero no siempre primó esa noción de cultura en las ciencias sociales en particular y la sociedad en general, es más, si atravesamos los muros académicos, encontraremos que esa concepción no es la más difundida entre la población. Por el contrario, es muy probable que en una charla familiar o entre amigos, se conciba a la cultura como un atributo, objeto o conocimiento de una minoría o sector emparentado a círculos sociales con acceso a bienes simbólicos privativos para sectores más humildes.

En consecuencia, no siempre se sostuvo una noción de cultura como atributo intrínseco de todo ser humano. Por el contrario, en un mundo donde las diferencias sociales son cada día más extremas, el concepto de cultura se fue consolidando según sean los sistemas de poder que dominaban a las sociedades. Para encontrar sus raíces tenemos que retrotraernos al S. XVI, donde se construirá los sentidos de "cultura" en el enfrentamiento entre campo y ciudad³.

En sus orígenes, el término de cultura es asociado al de cultivo en tanto designa a los ciclos de labranza ya sea al momento de sembrar como al de cosechar el producto sembrado. Recordemos que dichos ciclos estaban acompañados por una

¹Concepción que surge de pensadores marxistas de origen británico que inician, al término de la Segunda Guerra Mundial, la línea de investigación que se denominará como "Estudios Culturales" y que encontrará su espacio de desarrollo en el *Center for Contemporary Cultural Studies* de la Universidad de Birmingham.

²Véase, *Cuadernos de la Cárcel 3: el materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*. Ed. Juan Pablos, México, 1986, donde Antonio Gramsci asume la construcción de la hegemonía en términos de "acción pedagógica". Tal visión de la configuración de poderes permite un cambio radical con tendencias del marxismo que homologan esos procesos de incorporación a los intereses detentados por una clase social determinada. Por el contrario, Gramsci considera que sin el acuerdo de los sectores subalternos ninguna clase social podría detentar el poder, es más, la existencia necesaria del establecimiento de esos acuerdos muestra contradicciones en el seno mismo de los sectores hegemónicos.

³Esta relación la entablan y desarrollan autores como John Thompson en *Ideología y Cultura. Teoría crítica de la comunicación de masas*, UAM, 1993; Gilberto Giménez en *La importancia de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales* en "Pensar las Ciencias Sociales Hoy", ITESO, 1999; y, Honorio M. Velasco en *Los significados de Cultura y los significados de Pueblo. Una historia inacabada* en "Revista REIS N° 60" Octubre-Noviembre, 1992.

serie de rituales donde se agradecía o se invocaba la abundancia según se tenga o carezca de la misma. Estos sentidos recrean una serie de imaginarios que relacionan a la cultura a los ciclos de fertilidad de la tierra, es decir, a la producción de las zonas rurales. Con el tiempo, la noción de cultivo es trasladada del centro de la tierra, al centro del ser humano, esto es, comienza a pensársela como el cultivo de la mente y el cuerpo del hombre; pasa de designar el proceso agrícola, al proceso humano. Este cambio semántico provoca que se asocie la cultura al "ser culto", en otras palabras, al individuo ilustrado. El acceso a tal ilustración está geográficamente ubicado en las grandes ciudades, en tanto fuentes de *civilización y progreso*; mientras que el campo, en oposición, es concebido como la *involución y barbarie*.

Como aclaramos, estos sentidos están relacionados a las representaciones que se construyen en procesos de apropiación y expropiación simbólicos cuyo núcleo de referencia están ubicados en los centros de poder, en consecuencia, por civilizados se concebían a las principales ciudades de Europa Central, mientras que la barbarie se trasladó a las regiones colonizadas o como se denominarán entrado el siglo XX, tercermundistas. Esa noción elitista y eurocentrista de cultura que la observa como la depositaria de un sector de la sociedad que tiene acceso a bienes privados para el resto de la misma, es el que se ha difundido en mayor medida en los imaginarios sociales que se recrean hasta nuestros días

Un ejemplo de la concepción elitista de cultura la podemos observar en los discursos que giran en torno a la aceptación o rechazo de la iniciativa propuesta por *Fútbol para todos*. Un artículo periodístico publicado en la versión on-line del diario La Nación, escrito por Maximiliano Tomas (26/03/2012), realiza una analogía entre la televisación gratuita del fútbol y la regulación de la importación de libros, la misma se titula "Fútbol para todos, libros para muchos menos", el lector se podrá preguntar cómo es que realiza esa analogía que en principio se observa como una comparación disparatada, una lectura más detenida muestra que en realidad se está interpelando al consumidor del diario el cual comparte un imaginario social arraigado en concepciones que ven como producto privilegiado de la cultura la producción intelectual basada en la lectoescritura, en oposición a las propuestas populares que a los ojos del narrador se considera como un espectáculo "lamentable":

"No soy de los que creen que deban imputársele al gobierno nacional todas nuestras pesadillas. Hace mucho me enseñaron que el mundo no se divide entre buenos y malos, y que todo suele ser cuestión de matices, reflexión, contexto y perspectiva. Por ejemplo: el Gobierno no es el responsable del estado lamentable

en que está el fútbol argentino, de esos partidos que a cualquier espectador más o menos delicado pueden provocarle un infarto de retina. Lo es, si se quiere, de haberle arrebatado violentamente un negocio a un ex socio político para dárselo a otro, y de aprovechar las tandas de las emisiones para hacer propaganda política al estilo de los gobiernos totalitarios del siglo XX".

Es más, ya hacia el final del fragmento con el que inicia su nota, desde una mirada elitista y marcando, como se aclara en párrafos anteriores la relación que las prácticas populares guardan con los centros de poder, asocia estas propuestas gubernamentales a gobiernos dictatoriales e invisibiliza la política de inclusión que motiva a *Fútbol para todos*, reduciéndola a un negocio empresarial y a la reproducción de propaganda política.

Un cacho de cultura: "lo popular"

En la década de 1990, si se nombraba o proclamaba a lo popular en cualquier situación o estamento político y/o social, automáticamente se lo posicionaba como retrógrado, setentista y anacrónico. Hoy, el concepto pierde los ribetes negativos y es nuevamente colocado como bandera de procesos y proyectos políticos que proponen la inclusión de los enormes cordones urbanos que anhelan, no solo el autosustento, sino también pertenecer a esa ciudad que lo necesita y segrega.

Es por ello que cuando se intenta caracterizar a lo popular es necesario tener en cuenta que estamos frente a un fenómeno moderno que, en América Latina alcanza su identidad política en la crisis de 1930 con el surgimiento del populismo (Romero, 1976); pero que encuentra sus raíces en una historia profunda que se retrotrae hasta el renacimiento (Barbero, 1987). Tal perspectiva histórica se puede rastrear porque partimos de la concepción en que la Cultura Popular es parte de un proceso político dentro de un sistema jerarquizado de producción hegemónica que se construye históricamente en relación con los centros de poder. Esta relación es desigual y se negocia en procesos selectivos de construcción simbólica que se expresa en diferentes prácticas, grupos y movimientos sociales (Barbero, 1987; Velazco, 1992).

La situación relatada se plasma en una nota de opinión escrita por Alejandro Appo en la página oficial de "Fútbol para todos" el 8 de febrero del 2013, titulada "Una batalla cultural ganada", donde el periodista devela la relación de poder que existía entre la televisación privada y la AFA:

"El fútbol es un vehículo de ideas, es el barrio, son los amigos, es la comunidad, es la militancia, son los primeros amores, son los afectos, es la responsabilidad frente al prójimo (...) Entonces con todos los defectos que tiene Fútbol para Todos, con todas las cosas que se fueron corrigiendo y que tienen que corregirse, saludo desde acá con ese afecto y complicidad que implica devolverle a un tipo en el Chaco con su familia viendo a Boca, o a cualquier otro equipo, a cualquier hora del domingo, del sábado, del viernes, disfrutar del partido entero, ver los goles en cada entretiempo (...) Así que el Fútbol para Todos es una bandera nacional y popular. Lo que cumple el gobierno es lo que hace el gobierno y me parece que es natural, es normal. Nosotros comentamos los partidos de fútbol y lo que hacemos es abrir un abanico que estaba cerrado, estaba solo dedicado a la gente que tenía dinero o que podía ejercer su poder a partir de los cables... Ahora es para todos y todas, como siempre tuvo que ser".

Como se puede observar, se muestra la raigambre popular del fútbol y la construcción que de él se hizo en relación a los centros de poder que representaban a la televisión privada, la cual, seguida por intereses económicos, transformaba esa práctica popular en un espectáculo consumible por un sector privilegiado. Esto es, producía una resignificación de contenidos que despojaba al fútbol de los imaginarios propuestos por los sectores que le dan vida, para convertirlo en un objeto de consumo enmarcado en la industria del espectáculo. Estos últimos sentidos, pese a la impronta que propone *Fútbol para todos*, no se han resemantizado, por lo cual queda a los comunicadores un arduo trabajo por delante.

Esa noción de cultura popular muestra que cualquier intento de caracterizarla implica adoptar una posición política en el sentido más amplio que permite el término. Tal visión, se torna indispensable porque es la que nos delimita nuestro campo de acción y percepción para no incurrir en posiciones que nos lleven a una visión romántica de lo popular o a su opuesto, una reacción agresiva que se sustenta en la percepción enraizada en atávicos miedos a las masas de desposeídos.

Un ejemplo de esto, también, se plasma en la problemática de "la violencia en el fútbol". Frente a este fenómeno podríamos ubicar, en términos reduccionistas, dos posiciones que sintetizaremos en el siguiente interrogante ¿la violencia en el fútbol es endémica al deporte o un emergente de la sociedad? El lector rápidamente responderá que es un emergente de la sociedad sitiada por la violencia, pero si uno analiza los discursos que se construyen en tono a esta práctica, se puede observar la tendencia a estigmatizar al deporte y sus rituales, en tanto que se lo observa como

cautivo de "los violentos" situación que se puede revertir aniquilando al puñado de inadaptados y obteniendo así, su liberación.

Esa concepción, reduccionista, conformista e intolerante, muestra la construcción que históricamente se realiza sobre lo popular entendido como "lo amenazante". Se ubica, conceptualiza y delimita la violencia en un sector o práctica social con la finalidad de disciplinarla creando la ilusión de control con la promesa de su posible y rápida erradicación. Ese imaginario narcotizante teje un manto bajo el cual se esconde la principal problemática que atraviesa nuestra región, la cual se inscribe en la falta de justicia y equidad social basada en una desigual distribución de la riqueza.

La violencia no es atributo de un sector. Es un recurso que utiliza toda la sociedad ya sea para controlar una situación, como para obtener un espacio o reconocimiento social. De ahí que se torna obsoleto enarbolar la bandera contra la "no violencia" o, en términos más actuales, "la inseguridad" sea en el fútbol o en las calles, ya que esta dejaría de ejercerse si se resuelven problemas hoy estructurales de nuestra comunidad.

Fútbol identidad y pasión

Por lo expuesto podemos asumir que el fútbol es parte de la cultura popular, no sólo por ser una práctica de inclusión social en el sentido que invoca y atraviesa todos los sectores que componen nuestra sociedad, sino también porque está en el centro de la conflictiva relación entre quienes detentan el poder, quienes aspiran a detentarlo y quienes no lo tienen. Esta situación, se torna más compleja si consideramos al fútbol como símbolo identitario nacional, esto es, una construcción imaginaria que concibe al fútbol como parte del "ser argentino" y, en consecuencia, potenciador y/o movilizador de "los argentinos".

Esa dimensión del fútbol en nuestra sociedad la podemos apreciar en una nota escrita por Sergio Urribarri publicada por Tiempo Argentino con motivo de la finalización del torneo 2012 titulada "Todo tiene que ver con todo" incluida en la edición del 25 de junio de 2012. A lo largo de las líneas se aprecia el carácter nacional que adquiere el fútbol en tanto deporte que se practica y consume en todo el territorio. La política promovida por *Fútbol para Todos* recuperara ese imaginario nacional igualando las posibilidades en el acceso, desdibujando los tradicionales límites entre la capital y el interior. La democratización promovida por la televisión del fútbol posibilita recuperar el carácter nacional inscripto también en las prácticas cotidianas de su recepción y consumo. La finalización del campeonato como un evento para compartir en el espacio doméstico, en familia o con amigos, supone como afirma el

Gobernador de Entre Ríos, una transformación en las prácticas cotidianas culturales de los argentinos:

"(...)Todo tiene que ver con todo. Cuánta verdad. Miremos rápidamente quiénes fueron los protagonistas. El sábado Fútbol para Todos estaba en Puerto Madryn, San Juan y Córdoba, entre otras ciudades. El domingo, el cierre del campeonato involucró a equipos de Mendoza, Santa Fe, San Juan, Rafaela, Sarandí, Tigre, Córdoba. A todos los equipos, a todos los partidos y el emocionante cierre de ambos torneos el país todo lo pudo ver y vivir a través de Fútbol para Todos. Estamos ante una realidad que nadie puede ocultar y tergiversar. Buenos Aires, el "interior", ricos y pobres en igualdad de condiciones. Una política realmente transformadora. Pero no la que se proclama en los discursos, sino la transformación política que se ve en todos los órdenes de la vida cotidiana y cuya mayor aspiración consiste en brindar y hacer posible la igualdad de oportunidades para todos"

Desde este orden de ideas, proponemos en primera instancia reflexionar sobre la identidad y cómo posicionar al fútbol en su entramado. En términos generales coincidimos con los autores que proponen comprender a la identidad como un proceso social dinámico de auto y hetero percepción / auto y hetero reconocimiento, este juego que se da entre nuestra mirada y la de los demás permite la configuración de un "nosotros" donde la comunicación es un elemento central de esa construcción.

En consecuencia, la identidad está compuesta por dos dimensiones una individual y otra grupal que se construyen en las prácticas de los sujetos; al ser ésta una sociedad estratificada y, por tanto, signada por relaciones de poder, tales vivencias están plagadas de experiencias contradictorias, que a lo largo de nuestras vidas las incorporamos en una secuencia semántica que las tornara coherentes (Giménez, 1997).

Como individuos socialmente contruidos, pertenecemos a un núcleo familiar, una comunidad barrial, una institución deportiva y cualquier otra asociación definida por la frecuencia de interacciones en espacios próximos que no necesariamente tienen que ver con una cercanía geográfica (por ejemplo, los espacios de encuentro que brinda la tecnología). Pero al mismo tiempo, integramos colectividades, en tanto conjuntos de individuos que experimentamos cierta solidaridad porque compartimos valores y un sentimiento de obligación moral; los ejemplos más frecuentes de este tipo de agrupaciones son las iglesias universales y la nación.

Otra característica que Gilberto Giménez (2000) señala como fundamental de las identidades es su capacidad de perdurar en el tiempo y el espacio. El autor propone hablar de continuidad en el cambio, antes que hablar de permanencia, en el sentido

que la identidad a la que refiere es la que corresponde a un proceso dinámico, y no a una esencia. De esta manera, la dialéctica entre permanencia y cambio, entre continuidad y discontinuidad es la que caracteriza por igual a las identidades personales y colectivas. Éstas se mantienen y duran adaptándose al entorno y recomponiéndose incesantemente, sin dejar de ser las mismas. Se trata de un proceso siempre abierto y nunca definitivo ni cerrado.

La identidad del sujeto, es una construcción cualitativa que se forma, se mantiene y se manifiesta, como señalamos, en y por los procesos de interacción y comunicación social. Como toda práctica cultural la identidad es una creación en la cual cada sujeto participa de manera activa transmitiendo, recreando y transformando esos atributos que la componen. Para abordar las características que configuran la identidad de un grupo determinado debemos mirar tanto sus prácticas como los imaginarios e ideas que las orientan.

Si esta discusión la trasladamos al binomio una identidad - una nación, es necesario pensar los sentidos que estas implican según las orientaciones que imprimen las diferentes fuerzas que atraviesan la práctica cultural a la cual se la relaciona, en este caso el fútbol.

El fútbol se inscribe en los imaginarios nacionalistas a principios del siglo XX, los sentidos primigenios fueron variando a lo largo de su historia que se complejiza al ritmo de las transformaciones que sufre nuestra sociedad. Hoy, nos encontramos frente a un fenómeno deportivo atravesado por sentidos, por ejemplo, locales, la pertenencia a un club en particular; nacionales, cuando juega la selección; y transnacionales, los intercambios de sentido que se crean por las relaciones entre instituciones y jugadores que realizan su trayectoria fuera del país, así como, el consumo del fútbol como espectáculo.

En consecuencia, la televisación de los partidos de fútbol por canal abierto, implica la decisión política de intervenir en ese entramado para orientarlo ya sea con la finalidad de fomentar la equidad en el consumo, todos tenemos acceso; para regular la penetración del capital empresarial transnacional; y/o fomentar principios identitarios relacionados al nacionalismo. Queda en manos del gobierno en ejercicio determinar qué potencialidades impulsa de ese espacio y el énfasis que le quiera otorgar a cada una de las partes que componen esa tríada.

Fútbol amor y patria

Como venimos desarrollando, el fútbol es parte de la construcción identitaria nacional. Para arrojar luz sobre este proceso es necesario abordar su análisis desde la cons-

trucción de imaginarios, para ello retomamos la propuesta de Benedict Anderson (1991) quien establece que para que los miembros de una comunidad imaginada puedan sentirse parte de ella sin conocerse personalmente, es necesaria la conformación de:

(...) "Una idea de tiempo homogéneo, vacío, donde la simultaneidad es, por decirlo así, transversal de tiempo cruzado, no marcada por la prefiguración y la realización, sino por la conciencia temporal, y medida por el reloj y el calendario (...) La idea de un organismo sociológico que se mueve periódicamente a través del tiempo homogéneo, vacío, es un ejemplo preciso de la idea de nación, que se concibe también como una comunidad sólida que avanza sostenidamente de un lado a otro de la historia" (1991, pp. 46-48).

Lo expuesto, como ya se aclaró, muestra que no se puede entender la identidad nacional como una "esencia", sino en términos de Anderson (1991), como construcción de una comunidad que la imagina y recrea según sus patrones hegemónicos de representación.

Retomando las interpretaciones de David Harvey (1998), el autor advierte que las nociones que le otorgan ese sentido único a la identidad homologada a una cultura y/o nación, deviene del pensamiento moderno que erige sus patrones culturales sobre nociones de tiempo y espacio regidas por la lógica tecnócrata del sistema capitalista. Es así como los sistemas nacionales inventan una identidad basada en una historia que avanza en el tiempo recolectando relatos que se integran en una trama lógica, misma que se reconoce posicionándose frente a los otros -los demás países y en particular limítrofes o, como es el caso de los gobiernos militares argentinos, recreando un "enemigo" (el comunismo)- que los diferencia y, en ese acto, dota de sentido. Es por ello que, como indica Guillermo de la Peña (1995), la identidad nacional debe ser entendida como recreación producto de una situación histórica determinada.

La construcción imaginada propuesta por los sistemas nacionalistas, en la actualidad, hay que interpretarla en continuo diálogo, por momentos conflictivo, con imaginarios propuestos por patrones de construcción de sentido transnacionales propiciados por la globalización. En este cruce hay que dimensionar la iniciativa de *Fútbol para todos* y preparar a los comunicadores para enfrentar este reto, en tanto, son ellos en fina sintonía con el gobierno de turno y la demanda de la comunidad, los que fomentarán ciertas orientaciones de sentido en detrimento de otras. Los profesionales que se tornan en relatores de este acontecimiento nacional y popular tienen la responsabilidad de semantizar ese relato tomando plena conciencia de la importancia que inviste ese rol.

El acceso genera equidad

A lo largo de estas páginas propusimos un ejercicio de reflexión sobre la iniciativa de televisar por canales abiertos los torneos nacionales de fútbol, comprendiendo a este deporte como una práctica cultural de características populares. Es por ello que problematizamos el concepto de cultura popular, identidad e imaginarios haciendo especial hincapié en las construcciones que se realizan en torno al sentido nacionalista.

En consecuencia, en el primer momento abordamos "lo popular" rescatando su sentido de inclusión social apartándolo de aquellas conceptualizaciones que lo reducen a un fenómeno de violencia. Es así como, consideramos que es la inequidad la que genera violencia y no un atributo intrínseco de las clases desposeídas, es por ellos que asumimos que la iniciativa de *Fútbol para todos* forma parte de un proyecto político que busca promover espacios transversales de acceso social con la finalidad de comenzar a revertir esa situación hoy endémica en nuestro país.

Estas ideas nos conducen a enmarcar la propuesta televisiva en la interacción de una tríada que establece tensiones entre el acceso al consumo, la regulación del capital transnacional y el fomento de sentidos nacionalistas. Es en esa tensión en que tanto este gobierno como los que continúen con este proyecto, tendrán que equilibrar y orientar los contenidos que se impartan en ese espacio televisivo.

Por último, enfatizamos en el papel que juega el comunicador en este entramado, el cual debe enfrentar la responsabilidad de orientar los imaginarios sociales que se construyen en torno al fenómeno del fútbol, entendido a éste como una práctica cultural popular cuyos sentidos se producen y reproducen a lo largo de nuestra historia.

Bibliografía

- > Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- > Barbero, Jesus. Martín (2003), "Redescubriendo al pueblo: la cultura como espacio de hegemonía", *De los medios a las mediaciones*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, Primera parte Cap. IV, pp. 83-112.
- > Bauman, Zigmund (2008), "Después del Estado Nacional... ¿Qué?", *La globalización. Consecuencias humanas*, Argentina, FCE, Cap. III, pp. 75-102.
- > Beck, Ulrich (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.

- > Chambers, Iain (1994), *Migración, cultura, identidad*, Bs. As., Amorrortu.
- > De la Peña, Guillermo (1995), "El empeño pluralista: la identidad colectiva y la idea de nación en el pensamiento antropológico", en Díaz Polanco, Héctor (compilador), *Etnia y Nación en América Latina*, México, Conaculta.
- > De Val, José (1995), "Identidad: etnia y nación", en Díaz Polanco, Héctor (compilador), *Etnia y Nación en América Latina*, México, Conaculta.
- > Díaz Polanco, Héctor (1995), "Etnia, clase y cuestión nacional", en Díaz Polanco, Héctor (compilador), *Etnia y Nación en América Latina*, México, Conaculta.
- > García Canclini, Néstor (1990), *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- > Giménez, Gilberto (1997), *Materiales para una teoría de las identidades sociales*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, Mimeo.
- > Gramsci, Antonio (1986), *Cuadernos de la Cárcel 3: el materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, México, Ed. Juan Pablos.
- > Harvey, David (1990), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Bs. As., Amorrortu.
- > Ortiz, Renato. (1992), "Cultura. Espacio nacional e Identidades", Ponencia ante el VII Congreso de FELAFACS, Acapulco, México.
- > Rodríguez, Mariángela (1998), *Mito, identidad y rito. Mexicanos y chicanos en California*, México, CIESAS.
- > Romero, José Luis (1976), *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, Siglo XXI.
- > Thompson, John (1993), *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, UAM.
- > Velasco, Honorio (1992), "Los significados de Cultura y los significados de Pueblo. Una historia inacabada", *Revista REIS*, N° 60, Octubre-Noviembre.